



El minero no está en Jaime Mendoza

“En las Tierras del Potosí”

El polifacético Jaime Mendoza fechó su “En las tierras del Potosí” en París, el 14 de julio de 1911. Este dato no deja de ser sugerente, el médico, que cumplió tareas profesionales en el distrito minero de Uncía, parece haberse llevado en las retinas la impresión que le dejaron la tierra y los hombres, substancialmente amargos, de las minas bolivianas. Pero, nunca dejó de ser alguien que observa desde fuera una tragedia, que en ningún momento la vive ni se identifica con ella.

El escrito de Mendoza es breve, desaliñado; es, más bien, un relato que no tiene verdadera estructura de novela. Hay atisbos de acertadas descripciones, pero de su texto no emerge la visión del descomunal drama que son la vida del minero y, también, la forma dantesca en la que la clase obrera hace la historia. La imponente naturaleza no encuentra su expresión poética.

En favor de “En las tierras del Potosí” hay que dejar constancia de que se trata, como lo es todo escrito novelístico en alguna forma, por otra parte, del testimonio de un momento del desarrollo de la minería. Por sus páginas desfilan barreteros, palliris, apiris, pongos, chivatos, chirapas, lavadoras, que ahora ya no aparecen en el funcionamiento de las empresas modernas.

“En las tierras del Potosí” ingresa a las páginas de la historia de la literatura boliviana no como una bella novela, ni siquiera como un recio alegato de denuncia, sino, sobre todo, como el testimonio de la experiencia vivida por toda una generación de la pequeña burguesía ciudadana, particularmente de aquella que no pudo sobrevivir intangible a las consecuencias del desmoronamiento del imperio de la plata y de la crisis de la agricultura basada en la servidumbre. Nos estamos refiriendo a la experiencia que vivió necesariamente la juventud chuquisaqueña venida a menos, como consecuencia de ese sacudimiento de la estratificación social que importó el desplazamiento del eje económico, y también político, desde las minas de plata hasta las de estaño, desde Chuquisaca hasta La Paz, desde la aristocracia terrateniente hasta los primeros núcleos de la burguesía comercial.

A pesar de todo esto que anotamos como lados positivos de la novela de Mendoza, no ha logrado adquirir la categoría de gran novela minera, que es lo que cuenta en definitiva.

Si Costa du Rels es el novelista del cateador, Mendoza da las espaldas a ese período lejano de la búsqueda individual de las riquezas minerales y se lanza a describir lo que eran las actuales grandes empresas cuando comenzaron a cimentarse. La historia de éstas, muchas de sus tragedias, tuvieron como punto obligado de referencia los manipuleos del capital financiero internacional por los canales de la gran banca. Las minas perdidas en las breñas de los Andes, ostentando nombres llenos de promesas, amenazas y frustraciones, comenzaron a aparecer, a ser conocidas y a ser acariciadas en los grandes centros de la bolsa.

Todo este monstruoso enjambre de descomunales intereses, todo este satánico aparato que actúa como una inconmensurable potencia que define el destino de los hombres, casi siempre ignorantes de que apenas si son arena que se mueve a merced de huracanados vientos, está completamente ausente en Mendoza. Este, en alguna manera, nos transmite la vieja relación que existía entre el pequeño patrón minero y sus poquísimos obreros: una relación casi paternal. Acaso podría invocarse tal antecedente para explicar por qué en Mendoza está ausente la clase y por qué no vemos al minero en su lugar de trabajo.

Es lamentable que ese espíritu tan sensible y tan de artista que era el médico Mendoza, no hubiese tenido oportunidad de conocer al minero. Este no es únicamente el trabajador agotado, mugriento, desnutrido, que pasa algunas horas en su covacha miserable; es el gigante que domina con todos sus sentidos no sólo los secretos de la montaña, sino a ésta misma. El minero es el que libra una ciclópea y cotidiana batalla con la roca; y cuanto más dura sea ésta mejor para poder afirmarse como varón. Olfatea allí donde existe el preciado mineral, lo saborea cuando lo encuentra y lo palpa obsesionado al perseguirlo. Es el amo del subsuelo. No hay por qué extrañarse que el grueso de los mineros, que ostentan el tatuaje indeleble que en ellos ha dejado la incultura del país, sean demoníacos y supersticiosos. Su mundo es un mundo extraño, es más del imperio de las tinieblas que de la luz. Es imposible describir su epopeya, su novela, al margen de esta hechizante, multifacética y a veces inaprehensible realidad. Mendoza no ha llegado hasta estas alturas, lo que es una lástima.

El obrero que describe Mendoza es el individuo derrotado por el esfuerzo, insignificante en el medio social que le rodea, un paria: es, en definitiva, un campesino. El auténtico minero es aquel que en el interior de los socavones se afirma en sus propias extremidades, que se acrecienta por la fantasmal perspectiva que proyectan el choque entre la luz y la sombra. Es el que decide la suerte de un paraje; el que protagoniza la búsqueda del mineral. Es la pieza necesaria -y él sabe que lo es- del proceso de la producción colectiva. El minero en su lugar de trabajo es el depositario de la experiencia colectiva y de la sabiduría de su clase. Husmeador instintivo, ratifica o desmiente lo que dice la ciencia por boca de los ingenieros. Es este minero el que se confundirá con la clase y desde su seno demostrará ser un creador, un artífice de la victoria o la voluntad capaz de sobreponerse a la derrota. Este es el minero, que no debe ser confundido con el campesino derrotado por el destino adverso.

Hay minas y minas. Una cosa es la empresa minera contemporánea, monstruosa no sólo por sus enormes dimensiones, no sólo por su organización minuciosa, como si se tratase de un aparato de relojería, sino, -acaso esto sea lo más importante- porque se entronca en el capital financiero, un monstruo de dimensiones mundiales. Los obreros, miles en número, imponentes por su cantidad, son succionados por infinidad de tentáculos tendidos desde no se sabe dónde. El trabajador ya no conoce a su patrón, se enfrenta con los capataces, gerentes, etc.; mas, no percibe qué figura puede tener el amo de tan descomunal aparato.

Mendoza da testimonio de los momentos en que la minería se estaba transformando en gran empresa, cuando todavía habían canchaminas y cuando la tecnología moderna, la más sofisticada del mundo, comenzaba a devorar insaciable las modalidades, primitivas del laboreo de las minas. Era el período en que había un ensamblamiento entre el pasado antiquísimo y el futuro que ya asomaba inconfundible. La carreta arrastrada por mulas trasladaba dificultosamente esos dinosaurios de acero que son los motores diesel y que todavía funcionan hoy, aunque tremendamente fatigados, en la usina de Miraflores. Paralelamente, el trato que se dispensaban obreros y empresarios tenía también mucho de reminiscencia de las épocas de los Arce, de los Aramayo, etc.

Ciertamente que el paisaje de las minas que se encuentran en los riscos de la cordillera es imponente, tan imponente como el propio Altiplano. La belleza está petrificada en esos parajes. El músico y el poeta Jaime Mendoza, no captó en su verdadera dimensión tanta maravilla.

Pero, una cosa es el paisaje del Altiplano, el sobrecogedor espectáculo de ese interminable galope de potros encabritados que son las montañas, y otra cosa muy diferente el espectáculo que presenta la mina como tal. No se trata sólo del combate sin tregua entre la luz y la sombra, de la hermosura casi sonora del cuarzo cristalizado, de los fulgores enervantes del rosicler, sino de esa inédita conjunción entre los hombres tensos y la naturaleza atrapada en los socavones. La mina no es ya el duelo desigual entre el hombre aislado y los filones metalíferos que reptan en el seno de la roca; ahora se trata, del esfuerzo colectivo de todo un ejército humano, de la división del trabajo que busca potenciar la energía del obrero; en resumen, de la producción social que, como consecuencia del régimen de propiedad imperante, será acaparada por unos pocos capitalistas. En los rajos y en los topes está ya la lucha de clases: el producto mineralizado es colectivo, pero no es de los obreros porque la mina está en manos privadas o en poder del administrador de los intereses generales de la clase dominante, que eso es el Estado burgués.

No es posible escribir la novela minera al margen de su verdadero escenario: de la mina y reducirla a los problemas menudos que tienen por marco el tugurio o la taberna.

El protagonista de la novela minera no es ya el obrero aislado, el pequeño burgués frustrado o el campesino sediento de buenos salarios, que ocasionalmente y por tiempo fugaz cae en la mina, sino la clase, la multitud de explotados que hacen posible la producción socializada, como una nueva realidad.

En Jaime Mendoza no están ni la mina ni el minero, mucho menos la clase como tal.

En el momento en que el médico-novelistas escribe su obra, el trabajo y particularmente en las minas, no gozaba de protección estatal. Las prestaciones sociales eran consideradas como propias de patrones bondadosos o de la actividad diligente de las mutuales de obreros. La legislación social apuntará tímidamente en los primeros gobiernos liberales y comenzará a sentar sus reales con el régimen de Saavedra. Mientras tanto, la fuerza de trabajo era despiadadamente destruida por la voracidad de ganancia de los capitalistas.

“En las tierras del Potosí” está implícita la denuncia por las largas y torturantes jornadas de trabajo en el interior de la mina, por la vida sub-humana que llevaban los trabajadores. La respuesta del socialista Jaime Mendoza no es otra que la demanda de una legislación social, que se le antojaba reparadora de todas las injusticias. En momento alguno se percibe el preanuncio de la revolución social. Era pensamiento común de las avanzadas intelectuales de entonces, que en la atrasadísima Bolivia no podía florecer como planta autóctona el socialismo, que tendría que venir, en un futuro indeterminado, de muy lejos, de las grandes metrópolis, totalmente elaborado, como cualquier otra mercancía. Todavía no había tenido lugar la victoria bolchevique de octubre, pero era ya cosa del pasado el ensayo general del año 1905. Ni Mendoza ni los otros de su época, si exceptuamos a Ricardo Jaimes Freyre, percibieron la enorme significación histórica de tal acontecimiento.

Demás está decir que nuestro novelista no se detiene en las acciones de masas, en las explosiones instintivas de los explotados. Y no es que éstas no existiesen, la historia de la época está llena de las luchas que protagonizaron los mineros contra sus explotadores y también contra las autoridades y el ejército, que tan obsecuentemente servían a los poderosos.